

Eduardo Labarca

Enviado desde Viena el 6 de abril de 1994

a

*El País* de España

*La Jornada* de México

*La Época* de Chile

### México, España, Chile y los pueblos indígenas

En un artículo publicado en EL PAÍS, el historiador mexicano Enrique Krauze califica de "milagro" el mestizaje de México y se esfuerza por desvirtuar con antecedentes históricos las acusaciones de "explotación" del indio que han llovido sobre ese país a raíz de la sublevación de Chiapas. Haciendo una comparación con Chile, Krauze sostiene que, a diferencia de los mexicanos, "los chilenos de hoy no se ven en el espejo de su pasado indígena por la sencilla razón de haberlo aniquilado". "Muchos de ellos –agrega refiriéndose a los chilenos– tienen a orgullo esta labor de *limpia*".

La situación de los pueblos indígenas de nuestro continente latinoamericano es hoy objeto de quemante interés y controversia. Dos magnos acontecimientos han estimulado el debate: la conmemoración del quinto centenario de la primera travesía de Colón y la reciente sublevación de Chiapas. A la urgencia del tema contribuye también una inquietud mundial: no en vano 1993 fue para las Naciones Unidas el Año Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo.

Dos años atrás, las celebraciones del quinto centenario adquirirían en España, en América Latina y en el mundo una proyección que difícilmente pudieron prever quienes las convocaron. Quizás España no se hallaba del todo preparada para el debate del 92 y tal vez algunas recriminaciones que se le hicieron no estaban exentas de fariseísmo. Hace cinco siglos, la conquista había desencadenado en España y en las Indias una de las polémicas más trascendentales que haya conocido la humanidad, polémica apasionada y enaltecadora en que la nación que protagonizaba una epopeya sin parangón era capaz de hacer simultáneamente la crítica de sus propios actos. Fray Bartolomé de Las Casas proclamaba en la Corte que los reyes de Castilla "han de ser castigados" por el trato dado a los indios. Las Casas –quien fue obispo de Chiapas– y sus seguidores se situaban en el extremo más acerbamente crítico de un abanico de posiciones muy dispares. Desde México hasta Chile fueron legión los sacerdotes españoles de esta corriente que amonestaban a los conquistadores y encomenderos y llegaban a negarles la extremaunción cuando hacían la guerra a los indios o los sometían a servidumbre.

Pero transcurridos los siglos, al llegar 1992, ese debate estaba semiolvidado en España, donde era costumbre descalificar lo dicho por Las Casas con el remoquete de "leyenda negra". Varias generaciones habían sido educadas en la lectura del libro feroz en que Menéndez Pidal calificaba cien veces a Las Casas de "enfermo mental", "paranoico", "megalómano", "delirante", "irresponsable", "anormal". Menéndez Pidal concluía que Las Casas "sirvió a los enemigos de España", se sacia "en el agua inmunda del odio feroz a los españoles", y todo ello merced al "ariete antiespañol" de su obra.

Declarado Las Casas loco y antiespañol, todo el españolísimo bando objetor de los días de la conquista quedaba recusado. Al renegar así de esa mitad de sí misma e identificarse

retrospectivamente con uno solo de los bandos en pugna –el de los conquistadores y encomenderos y de los gobernantes, teólogos y juristas que echaron los fundamentos políticos e ideológicos de la conquista– la España del siglo XX renunciaba a la verdadera grandeza de un ejemplar pasado de apertura ideológica. En esas circunstancias de empobrecimiento de su propia historia, era inevitable que en 1992 muchos españoles percibieran inconscientemente las críticas a la conquista que llegaban de América Latina y de otras latitudes –críticas que en mayor o menor medida se nutrían de la herencia lascasiana– como un ataque a España. El abanderamiento frente a un tiempo pretérito permitía, es cierto, reivindicar todas las glorias de ese tiempo, pero obligaba a la vez a asumir todas sus culpas y sólo podía desembocar, en el caso de los espíritus más sensibles, en la mala conciencia de que tanto se ha hablado. Es de valorar entonces que en esas circunstancias nada fáciles, tantos intelectuales españoles, dignamente fieles a la antigua tradición, hayan protagonizado, con frescura de argumentos, un debate libre, abierto, apasionado, sobre los múltiples temas del quinto centenario. El 92 tuvo, pues, valor exorcizante. Pero faltaba Chiapas.

El alzamiento de Chiapas es la otra cara de una misma medalla. Ya no se trata de la conquista: en Chiapas el problema es la situación del indio hoy. En toda América, desde el norte del Canadá hasta el sur de Chile, allí donde han subsistido relativamente puras, las poblaciones indígenas están confinadas en el último escalón de una estructura social plagada de injusticias. La situación del indio es archiconocida: miseria extrema, insalubridad, mortalidad elevada, analfabetismo, discriminación, segregación cultural, aislamiento, marginación, exclusión total. El origen lejano de todos esos males se remonta al viaje que Colón emprendió por cuenta de la corona de España. El deber de solucionar esos problemas recae en nuestras repúblicas de hoy.

1492 no sólo incumbe a España, a los descendientes de los pueblos originarios de las Américas, a los americanos de nuestros días. Con el viaje de Colón fue la humanidad entera la que se descubrió a sí misma el día en que sus dos puntas se juntaron y la Tierra pasó a ser una y única, habitada toda ella por el hombre. En el debate reciente del 92, esa humanidad escudriñó angustiadamente las razones que determinaron que aquel instante estelar de su marcha sobre la Tierra se hubiese cumplido hace cinco siglos a expensas de los protagonistas más débiles. Del mismo modo que el debate del 92, el que emerge de Chiapas pertenece a toda América Latina, a España, a la humanidad en su conjunto, pues lo que está en juego es la deuda que esa humanidad tiene con aquellos pueblos que pagaron a precio altísimo el apoderamiento definitivo del planeta por el hombre. ¿La globalización del año 2000 se hará a expensas de esos mismos pueblos o lo que queda de ellos?

España ha seguido los acontecimientos de Chiapas como algo cercano, propio. Intelectuales y artistas españoles encabezados por Pedro Almodóvar expresaron prontamente su inquietud por la suerte de los indígenas chiapanecos en carta al Presidente Salinas de Gortari. Los intelectuales y artistas mexicanos han repletado las páginas de la prensa de su país con declaraciones en que piden respeto y soluciones reales para esos indígenas. En México y en toda América Latina, el subcomandante Marcos y sus lugartenientes enmascarados se han convertido en figuras emblemáticas de enorme popularidad. Ello no significa en absoluto desconocer las grandezas de México a que se refiere Krauze ni despreciar la historia de esa sociedad eminentemente mestiza, en la que todos los latinoamericanos nos vemos de alguna forma reflejados.

Pero el problema de Chiapas hoy es el de todas las poblaciones indígenas del subcontinente. La suerte de esas poblaciones no sólo se decide en términos de escuelas,

hospitales y caminos. La preocupación va mucho más allá: se trata de saber si en la América modernizada del siglo XXI habrá cabida o no para los pueblos aborígenes con sus cosmovisiones y formas propias de vida, o si estos pueblos serán absorbidos por la agresiva sociedad occidental hasta perder sus rasgos ancestrales, su cultura, su lengua.

En el artículo publicado en EL PAIS, Krauze recuerda lo que en Santiago le dijo una chilena: "Bonita raza la nuestra: nos salvamos de la enfermedad racial que padecen ustedes y el Perú". ¡Bonita ignorancia la de esa chilena!, digo yo como chileno. Mirémonos al espejo y salgamos a las calles de Santiago y de cualquier ciudad de Chile, por no hablar de los campos, y veremos en nuestra piel, cabellos, rostro, mirada, la huella de la sangre aborígen mezclada con las sangres de España y de Europa. Aquellos chilenos que por tener la tez y los ojos claros se creen ajenos al fenómeno del mestizaje son sin embargo mestizos hasta el tuétano como los demás: su mestizaje lo mamaron en la cuna y lo llevan en la idiosincrasia, en el carácter, en los reflejos, en el alma.

Hoy los chilenos ponemos también los ojos en los orígenes de nuestra sociedad. Nuestras comunidades indígenas están más organizadas y activas que nunca y nadie puede dejar de oír su voz. Muchos chilenos vuelven a estudiar la guerra de la Araucanía, en que perdieron la vida dos gobernadores españoles –Pedro de Valdivia y Martín García Óñez de Loyola– derrotados estruendosamente por los ejércitos mapuches en el sur. Los mapuches de hoy reivindican los 35 tratados firmados con la corona de España, en virtud de los cuales sus antepasados, gracias a las victorias guerreras, obtuvieron el reconocimiento de la autonomía de sus territorios, autonomía que al cabo de tres siglos fue aplastada por los cañones de la República, en los decenios de 1860 y 1880. Los chilenos toman también conciencia de que unos 600 mil hombres y mujeres se autoidentifican en Chile como indígenas: 537 mil

mapuches, 35 mil aymaras, 10 mil atacameños, 15 mil kawashkar, 10 mil yamanas o yaganes y 3 mil polinésicos rapa nui de la Isla de Pascua. Muchos otros indígenas mantienen privadamente su condición en las ciudades. De todo este fenómeno da testimonio el auge de los libros sobre esos temas, algunos de ellos bilingües: obras de poetas indígenas, testimonios, recopilaciones de cantos, relatos y leyendas, historias, diccionarios. El 12 de octubre de 1992 el ex Presidente Aylwin reconoció que América Latina tenía "una deuda pendiente con los indígenas". Más tarde promulgó la Ley Indígena que intenta proteger a las etnias originarias.

Sin embargo, sabemos que un discurso, un libro o una ley, o subvenciones y proyectos aislados como los que promovió en México el asesinado candidato Luis Donaldo Colosio desde la Secretaría de Desarrollo Social, no conseguirán cambiar la suerte de los pueblos indígenas de México, Chile y América. La situación de estos pueblos preteridos se asienta en relaciones demasiado arraigadas, que se remontan al nacimiento de nuestras sociedades mestizas. Tal situación tiene que ver a la vez con los grandes interrogantes de la sociedad global de hoy. Chiapas parece recordarnos la necesidad de un debate generador de un pensamiento colectivo radicalmente nuevo, que tenga en cuenta la palabra de aquellos pueblos sobre el mundo en que quieren vivir. Tal vez así nuestros países consigan adoptar con respecto a sus pueblos indígenas medidas verdaderamente profundas, capaces de llevar por fin a alguna parte.

© Eduardo Labarca